

concluido Isabel de dar que hacer al verdugo: los Jesuitas empezaban á faltarla, y era preciso que esta vieja soberana, en un acceso ridículo de celos, hiciese rodar en el patíbulo la cabeza de su jóven y último favorito Roberto Devereux, conde de Essex. Su padre Enrique VIII asesinaba jurídicamente á sus concubinas cuando se cansaba de ellas, acusándolas de crímenes contra la seguridad del Estado; Isabel, que trató de seguirle y le siguió efectivamente por las huellas de sangre, acusó al conde de Essex del mismo crimen. Murió este como Ana Bolena y como Catalina Howard; y cuando la Reina, después que mandó asesinarle, sintió el vacío que experimentaba su corazón, rehusó todos los socorros del arte y dijo á los médicos: «Dejadme morir: me es insoportable la vida.»

El 3 de abril de 1603 espiró esta Soberana, gobernadora de la iglesia de Inglaterra, que poseía unas virtudes tan hipócritas cuanto excelentes eran sus cualidades de reina. Había procurado amoldar al pueblo inglés á su semejanza, tratando de hacerse temible en el continente, y haciendo poco caso de las miserias y faltas de su gobierno del interior. Para seducir al extranjero hizo rodearse de cuanta gloria y brillo pudieron suministrarla sus riquezas, y supo disfrazarse con el manto de la libertad religiosa y comercial; pero esta doble libertad en vez de poner un dique á la persecucion, sirvió únicamente para sufocar los gritos de las víctimas bajo el ruido de los festejos, y para negar el gemido del encarcelado si alguna vez se dejaba oír desde lo interior de su calabozo. Isabel desarrolló el orgullo británico, reasumiéndole en su persona, y el pueblo inglés la saluda todavía como el verdadero tipo del carácter nacional. Dotada de virtudes en el exterior, de vicios y crímenes en el interior, de magníficas palabras, que solo servían para disfrazar las mas extrañas bajezas, y de una doblez que sentó al trono para alucinar mejor á las naciones; tal fue la política que legó en herencia á sus súbditos: política fatal é impotente, que los gobiernos débiles y cobardes se dejan imponer, y que todo lo infectan á la sombra de la vanidad de su filantropía mercantil.

La muerte de Isabel no debía producir modificacion alguna en el sistema seguido contra los Jesuitas: la conspiracion de la *polvora*, ocurrida dos años después de este suceso, nos pondrá en claro toda la extension y crueldad de este sistema.

## CAPÍTULO XV.

Primeros pasos de Aquaviva en el generalato. — Su carta sobre el feliz acrecentamiento de la Compañía. — La iglesia del Gesu y la casa profesa en Roma. — Muerte del P. Maldonado. — El P. Andrés Spínola. — Segunda carta de Aquaviva sobre la renovacion del espíritu. — El calendario Gregoriano y el P. Clavio. — El *Ratio Studiorum*. — Muerte de Salmeron. — Sedicion en Nápoles apaciguada por los Jesuitas. — El Papa Sixto V. — Su retrato. — Supónenle hostil á la Compañía. — Son delatados los Jesuitas á la Inquisicion de España por uno de los suyos. — Manda prender el Santo Oficio al provincial y á otros muchos Padres. — Decídese este á examinar las Constituciones. — Los Jesuitas españoles y el P. Vazquez solicitan una reforma del Instituto. — Sixto V avoca el asunto á Roma. — Mézclase Felipe II en todas estas discusiones, y nombra un visitador real. — Rehusan admitirle los Jesuitas. — Mision del P. Parsons cerca del Rey. — Su resultado. — Publica Sixto dos decretos concernientes á la Compañía. — Denúnciale el Jesuita Vicente la carta de Ignacio de Loyola como infecta de herejía. — Juicio de los examinadores pontificios. — Toma Belarmino á su cargo la defensa de esta carta. — Determina el Pontífice reformar la Orden de Jesús. — Puntos sobre que estriba la proyectada reforma. — El Papa y el General. — Los soberanos del Norte suplican al Pontífice que renuncie á su proyecto. — Carta de Maximiliano de Baviera. — Sixto V quiere excluir á los Jesuitas del manejo de los negocios públicos. — Opónese el sacro Colegio al designio del Papa. — Coloca este en el Índice la obra de Belarmino, *De Pontificis Romani potestate*. — Manda suprimir el nombre de Compañía de Jesús. — Redacta el decreto el mismo Aquaviva. — Muerte de Sixto V. — Su sucesor y el sacro Colegio anulan cuanto habia hecho este Papa contra los Jesuitas. — Congregacion de los procuradores. — Muerte de san Luis Gonzaga. — El cardenal Toledo. — La contrareforma establecida en Alemania por los Jesuitas. — Legacia de Possevino en Rusia. — Iwan Basilowicz y el rey de Polonia. — Victorias de los polacos contra los rusos. — Causas de esta guerra. — Es elegido Possevino como mediador entre el Czar y el rey Bathori. — Entrada del Jesuita en Rusia. — Carácter de Iwan. — Proyecto de Possevino sobre la reunion de la Iglesia griega á la romana. — Encarga el Czar á Possevino que salve á la Rusia, amenazada por los polacos. — Dirígese este al campo de Bathori. — Nombra Iwan embajadores para tratar de la paz con los de Polonia bajo la presidencia del Jesuita. — Conferencias de Chiveroua-Horca. — Intervencion de Possevino. — Rehusan los polacos reconocer el título de Czar que se apropiaba Iwan. — Conclusion de la paz. — Es recibido Possevino en Moscou con todos los honores debidos á su dignidad. — Los Anglicanos en Moscou. — Explica Possevino al senado las peticiones de la Santa Sede. — Respuesta de Iwan. — Encolerízase este Príncipe contra Possevino. — Obtiene el Jesuita cuanto pedia la corte



romana. — Carta de Iwan al Papa. — Es elegido Possevino como medianero entre el emperador de Alemania y el rey de Polonia. — Aquaviva le vuelve á llamar á Roma. — Progresos de los Jesuitas en Alemania. — Los Protestantes y Segismundo, rey de Polonia. — Son expulsados los Jesuitas de Transilvania. — Consérvalos la dieta de Polonia. — Acusacion contra la Compañía. — Se niegan los Protestantes á recibir el calendario Gregoriano. — Alborotos contra los Jesuitas. — Las hogueras de Ausburgo y los luteranos de Riga. — Los Jesuitas en Lieja. — Guillermo de Orange es asesinado. — Felipe II y Alejandro Farnesio otorgan á los Jesuitas el derecho de poseer en Bélgica. — Los Jesuitas en Luxemburgo. — Denuncia Baio al Papa algunas proposiciones teológicas del P. Lessio. — Apruébalas este. — Muerte de Baio. — El Padre Del-Río y Justo Lipsio. — Tendencia de Lipsio al calvinismo. — Detiéndele el P. Del-Río. — Carta de Justo Lipsio.

Aquaviva habia ascendido al generalato en un tiempo, en que para resistir al transporte que les causaban sus triunfos, necesitaban los Jesuitas mas que nunca un guia circunspecto y atrevido. Las prosperidades podian ser acaso mas funestas á la Compañía que la misma persecucion. La prosperidad amortigua el celo, y á una extremada actividad suele reemplazar á veces una excesiva inaccion, que viene á ser poco á poco la muerte de los cuerpos morales. Verdad es que la Orden de Jesús se hallaba á la sazón garantida de esa apacible soñolencia por la impetuosidad de los odios que se habia suscitado; pero el nuevo General no limitaba sus planes únicamente á lo presente. Abriase delante su juventud un vasto horizonte, y trataba de sentar sobre una basa imperecedera la obra que habian emprendido sus cuatro predecesores, y en la que cada uno de ellos habia trabajado segun sus fuerzas, y en proporcion de las circunstancias. La Compañía no careció en su nacimiento de hombres apostólicos, de teólogos eminentes, de sugetos ilustrados y científicos, y mártires celosos, pues Ignacio, Laynez, Francisco de Borja y Mercurian, los habian formado, y su tradicion se conservaba todavía; mas el nuevo General conocia que para dar un impulso mas vigoroso, si posible era, á tantas voluntades dispuestas á la obediencia, era preciso crear de nuevo la autoridad, y formar buenos y celosos superiores. Á sus ojos no bastaba elegir al mas digno; sino que creia que el desarrollo de las facultades exigidas para el mando, era el que debia principalmente fijar la atencion general, una vez que el bienestar de cualquiera Orden religiosa, como el de toda corporacion, depende á no dudarlo del modo de gobernarla.

Llevado de esta idea fija, compuso su carta *sobre el feliz incremento de la Compañía*, dirigiéndola el 28 de julio de 1581 á todos los provinciales y demás individuos que tenian parte en su direccion. Hallábase dividida en tres puntos: el primero describe y formula las virtudes que debe adquirir un superior, á saber: la vigilancia, la suavidad y la firmeza. El segundo está destinado á recomendarle la oracion y el cuidado con que debe atender á los negocios espirituales, que debe ser eficaz y constante en cada religioso. El tercero recapitula los medios de que se debe valer para hacer observar y respetar las Constituciones de la Orden. Aquaviva propone dos modos de gobernar: uno que se apoya en las máximas de la prudencia humana y al que llama política, y otro que se regula por principios sobrenaturales, tomados del Evangelio y del espíritu mismo de los Estatutos de Loyola. Atiéndese á este último; y mientras que rechaza el primero como contrario al espíritu de las Constituciones, manifiesta en la explicacion del segundo un exquisito tacto y conocimiento del corazón humano.

De todos los puntos en que residian diseminados los Jesuitas, especialmente en España, donde á la sazón empezaban á estallar algunas disensiones, se elevaba un solo deseo, que Aquaviva proyectaba ya hacia tiempo realizar; este era el de que pasase á visitar en persona las diferentes provincias de la Compañía. Ya el General habia resuelto, como hemos dicho, emprender este viaje, designando á Lorenzo Maggio por vicario general durante su ausencia; hábale tambien el Papa otorgado su permiso, cuando las guerras civiles que desgarraban el Mediodia de la Francia le precisaron á aplazarle para el otoño, época en que haciéndole todavía mas difícil otras nuevas complicaciones, tuvo que abandonarle del todo. La presencia del General de la Compañía en Roma es casi siempre indispensable; ya porque estando al lado del soberano Pontífice y rodeado de sus asistentes, le es mas fácil dar impulso al gran cuerpo de quien es jefe, como porque siendo aquella capital el centro del catolicismo, debe, por la misma razon, ser tambien el centro de la Orden de Jesús.

Entre tanto iba la Compañía adquiriendo nuevas iglesias y misiones en Italia, que acrecentaban visiblemente su poder. Sin contar con los dos establecimientos que fundaban á sus expensas en Florencia y en Tívoli el cardenal Contarini y el célebre ar-



quitecto Bartolomé Ammanato, la otorgaban en Génova la iglesia de San Ambrosio, y el 15 de agosto de 1583, inauguraba en Roma el papa Gregorio XIII otra que el cardenal Alejandro Farnesio cedia á los Jesuitas. Heredero este último del mismo Pontífice Paulo III, que cuarenta y tres años antes habia fundado el Instituto, quiso erigir un templo digno de su nombre. Tomando por modelo la basílica de San Pedro, que se hallaba próxima á terminarse, hizo que la iglesia del Gesu fuese construida, aunque con proporciones menos gigantescas, con aquella magnificencia y buen gusto, y con aquella profusion de mármoles y pinturas que hacen admirar un museo en cada templo. En Roma la Religion tiene con respecto á las artes cierta brillantez y cierta expansion peculiar que la distingue de los demás países católicos; y si es verdad que el carácter de los pueblos difiere tanto como las costumbres y el clima, esta diferencia se echa de ver aun en los edificios que consagran á Dios.

Entre los pueblos del Norte, se esmeró la edad media en la ereccion de aquellas antiguas catedrales desnudas y sombrías, monumentos admirables de arquitectura, en las cuales solo el cincel del escultor ha cortado en la piedra unas estatuas á veces informes que la piedad venera; pero todo es en ellas grave como el pensamiento, y todo en ellas inspira aquella veneracion mezclada de terror con que se ha descrito el culto en sus leyendas. En Italia por el contrario: la Religion se ha propuesto desempeñar las funciones del sol, inundando con su esplendor al mundo entero, porque enriquecida con los dones celestes, ha consagrado á la Divinidad; y si ha construido en su capital mayor número de templos que de palacios, ha procurado que estos templos majestuosos en su forma y conjunto, careciesen de aquella desnudez armoniosa que constituye la riqueza de las basílicas de Alemania y Francia. Los italianos no comprenden de este modo la poesía de sus iglesias; es indispensable á sus ojos que al par de los mármoles resalte el oro y las obras maestras de la pintura, y aun, si así puede decirse, quieren que las pinturas disputen la palma á las producciones del estatuario.

Tal fue, á la verdad, el piadoso lujo y la augusta magnificencia con que se erigió la casa del Gesu bajo los auspicios del cardenal Farnesio. Al aceptar los Jesuitas un monumento tan magnífico, trataron únicamente de conformarse con las costumbres y

sagrado entusiasmo de aquella época, en que se veía al arte conspirar para inmortalizar los cristianos recuerdos; y si permitieron que el Cardenal prodigase sus tesoros y toda la suntuosidad imaginable en lo concerniente al culto del Señor, cuando se trató de la construccion de la morada que se les destinaba, rehusaron constantemente toda clase de ornato y magnificencia, rodeándose solo del silencio y de la pobreza.

En este mismo año 1583 murió en Roma el P. Maldonado, cuando apenas habia cumplido los cincuenta y seis años de su edad. Al llegar el presidente de Thou á describir este suceso, arrebatado de aquel sentimiento de gratitud que los individuos de esta Compañía han sabido inspirar á sus discípulos, exclama: «La mayor pérdida que tuvo que deplorar la república cristiana, «ha sido sin duda la del P. Maldonado que, descendiente de una «ilustre familia española, y alimentado desde su mas tierna infancia en el cultivo de las bellas letras, pasó á estudiar la filosofía y teología adornado de una virtud singular, de un admirable candor de costumbres y una prodigiosa penetracion de ingenio; pasando en seguida á desempeñar las funciones de «catedrático en Paris, donde enseñó durante diez años en el «legio de Clermont, donde le oimos en medio de un concurso «inmenso y de la aprobacion universal<sup>1</sup>.»

Si la Compañía de Jesús perdía un sabio en este Padre, un Santo pasó á ocupar su puesto. Andrés Spínola, de la ilustre familia genovesa de este nombre, á quien apreciaba en extremo el soberano Pontífice, estaba ya para ser promovido al cardenalato, cuando renunció á los honores de la púrpura para entrar en el noviciado; y seis años después sucumbió en la flor de su edad, consagrado al servicio de los enfermos de los hospitales de Nápoles.

En tanto que los Jesuitas se dedicaban de este modo á los trabajos de toda especie, se ocupaba en la reforma del antiguo calendario el P. Cristóbal Clavio, natural de Bamberg en Baviera. Este Jesuita, que mereció el sobrenombre de Euclides católico, habia ya llegado á granjearse una inmensa reputacion por sus estudios matemáticos y astronómicos, cuando le designó el Papa como miembro de una Congregacion nombrada para examinar la

<sup>1</sup> *Historia universal*, lib. LXXIX, año de 1583.



reforma que el Dr. Lilio, natural de Verona, proyectaba hacer en el calendario. Componíase la mencionada asamblea del cardenal Siret, del patriarca de Antioquia, de Clavio, de Antonio Lilio, hermano del autor, de Ignacio Dante, Ciaconi y otros muchos literatos, siendo Clavio el principal encargado de la ejecución del proyecto. Para explicar su modo de proceder, escribió su *Cómputo eclesiástico*<sup>1</sup> que modificaba el plan de Lilio, y estableció la reforma del modo siguiente:

Eliminó diez días á contar desde el 5 de octubre; de manera, que en el año próximo de 1582 el día siguiente al 4 de octubre se debería considerar como el 15, siguiendo después los demás días con esta numeracion. El año se habia retardado diez días respecto á los movimientos de los astros, y este error dominaba en todos los cálculos astronómicos, ocurriendo, por ejemplo, que el equinoccio de primavera fijo en 21 de marzo llegaria á ser el 11 del mismo mes. Al adoptar esta reforma, bien conocian sus autores que no dejaba de ofrecer sus inconvenientes; puesto que conteniendo el año 365 días y seis horas, estas seis horas reunidas formaban al cabo de cuatro años un día entero, día que tambien se hallaba añadido en la reforma del calendario de Julio César, establecida por Losígeno; mas estas seis horas añadidas á los 365 días del año, no son cabales en la revolucion del Sol, pues le faltan unos once minutos, y al cabo de ciento treinta y tres años, estos minutos reunidos daban un día mas al cómputo de Julio César. El equinoccio de la primavera, que el año 325 de la era cristiana caia en 19 de marzo, y el 20 del mismo mes en el año 468, llegaba en 1582 en el 5 de los idus de marzo. Clavio suprimió estos diez días, á fin de que el equinoccio de la primavera volviese al punto del cual se habia separado; y á fin de que dicho equinoccio quedase fijado en el 19 de marzo, se omitió el día que se intercala al año bisiesto cada trescientos noventa y nueve años, porque, segun el sistema de César, en este espacio se aventajaba de tres días al año trópico ó celeste.

Este descubrimiento al que dió su nombre el papa Grego-

<sup>1</sup> *Computus ecclesiasticus per digitorum articulos mira facilitate traditus. Moguntiae, 1599.*

« Esta erudita é importante obra, dice Montucla, autor de la *Historia de las Matemáticas*, es digna de los mayores elogios, y merece á su autor un puesto « distinguido en la memoria de la posteridad. »

rio XIII, como obra que era de un Papa y de un Jesuita, no podia menos de ser combatido desde luego por los Protestantes. José Scaligero, Miguel Mæsthin y Jorge German le atacaron; pero salió triunfante de todas sus prevenciones. Tres años después, cuando ocurrió la muerte de aquel Pontífice, colocaron sobre su mausoleo la estatua del P. Clavio, en el acto de ofrecer al soberano Pontífice el calendario. Empero estábale reservada al Jesuita otra especie de homenaje, mas lisonjero quizás, aunque mucho mas raro: sus compatriotas quisieron que fuese profeta en su país. Le propusieron que aceptase la enseñanza de las ciencias exactas, comprometiéndose en pago á erigirle una estatua de bronce en vida suya, en la ciudad de Bamberg; pero este, que era tan humilde como erudito, rehusó sus ofertas, prefiriendo su observatorio del colegio Romano á cuantas glorias podia prometerle su suelo natal.

La primera carta de Aquaviva produjo tan saludables efectos, que empeñándole sus colegas á que escribiese otra segunda, tomó por tema la *Renovacion del espíritu*. Hallábase, es cierto, rodeado de afanes de toda especie, pues veia á sus hijos empeñados en todas partes en todos los combates de la fe católica; pero semejantes desvelos no bastaban á satisfacer su actividad. Sabe que en las mazmorras de Constantinopla gemian un gran número de cristianos, agobiados bajo el peso de las cadenas, y al siguiente día remite al P. Mancinelli y otros cuatro individuos de la Compañía, con orden de embarcarse para el Oriente, donde quizás hallarian un apoyo en los cónsules de Francia y Venecia; pero en caso de que fuesen destinados como víctimas al matadero, no por eso quiere que el temor de la muerte les impida conducir hasta la mansion de aquellos infelices cautivos los consuelos y auxilios de la Religion. El pontífice Gregorio, testigo de estos afanes, los estimulaba al par que los admiraba; pero este Soberano del mundo católico, que habia dado cima á tan admirables empresas, conocia que se hallaba cercano á su término. Aquaviva terminaba á la sazón el *Ratio studiorum*<sup>1</sup>, ó método que debe seguir la Compañía de Jesús en sus estudios; y no quiere morir el Papa sin trabajar tambien por sí mismo en la consolidacion de la obra

<sup>1</sup> En uno de los capítulos de esta Historia, dedicado exclusivamente á examinar la educacion y manera de enseñar de los Jesuitas, examinaremos el *Ratio Studiorum*.



de sus predecesores. Ya en 1579 habia expedido su bula : *Quanto fructuosius*, por la que aprueba de nuevo y protege al Instituto contra los detractores de los votos simples que en él se prescriben; mas en 1584 publicó la segunda, que empieza : *Ascendente Domino*, en la que confirma de nuevo las Constituciones de Ignacio, cual si á las puertas del sepulcro hubiese presentado este venerable anciano, en toda la fuerza de su pensamiento, lo que debia suceder después de él. Luego de su fallecimiento, ocurrido en 10 de abril de 1585, pasó á sucederle el 24 del mismo mes el cardenal de Montalto, Felix Peretti, que tomó el nombre de Sixto V.

El 14 de febrero de este mismo año falleció Salmeron en Nápoles, y algunos meses después ingresaron en la Compañía Luis de Gonzaga y Juan Bautista Lambertini de Bolonia. Hacia ya largo tiempo que Salmeron, á quien cuarenta y cinco años de permanencia en la Compañía comunicaran una rara experiencia en el manejo de los negocios, se habia retirado á la referida ciudad donde habia establecido y gobernado su instituto. Era Nápoles á la sazón una provincia de España, cuyos moradores, impulsados por el instinto natural á todos los pueblos que han dejado de pertenecerse, ansiaban un pretexto para sublevarse; pretexto que no tardó en ofrecérseles con motivo de la carestía del pan y demás alimentos, y lo aprovecharon. Los amotinados se dispersan por la ciudad; y tratando de oponerse á sus progresos el principal magistrado, llamado Vicente Staraci, fue despedazado por esa muchedumbre que se embriaga tan pronto con sus fáciles enojos. Habia subido el desórden hasta tal punto, que iba á ser espantoso, cuando se deja ver entre aquel populacho desenfrenado, un hombre solo y sin armas, cuya voz domina á las de todos, y cuyos consejos y reprensiones mitigan la cólera de los unos y conmueven á los otros; este hombre era el Jesuita Carlos Mastrilli, que logra dominar la sedición con su presencia y persuasiva. Una vez conseguido dominar el alboroto, los Jesuitas del colegio y de la casa profesa se adelantan en procesion cantando en tono lúgubre la letanía de los Santos.

Los napolitanos, que no esperaban semejante espectáculo, asombrados del valor de Mastrilli, conocieron que el suyo empezaba á flaquear; y los que pocos momentos antes hubieran resistido á la fuerza armada, se encontraron inertes en presencia de aque-

llos Padres, que agrupándose á su derredor apaciguan la efervescencia popular. Mas si los Jesuitas habian podido separar á las turbas, conduciendo en pos de sí á una parte de ellas hácia la catedral, y á otra hácia la iglesia de la Anunciacion, consiguiendo sojuzgarlas, restábalas todavía arrancarlas á su desesperacion y reconducirlas á la obediencia: y tambien obtuvieron este último triunfo.

Sixto V, que solo debia su elevacion al trono pontificio al mérito que le distinguia, trató de probar, á la manera que lo hizo su antecesor Pio V, que el carácter y no el trono, es quien comunica las virtudes reales. Felix Peretti, aquel pobre pastor á quien la Iglesia habia recogido educándole en un convento de Franciscanos, para que después de haber aprendido á obedecer llegase á mandar un dia, y para que soltando el grosero cayado con que dirigia á los cerdos pasase á empuñar el augusto báculo, emblema del dominio universal de la Iglesia católica; Felix Peretti, aquel hombre que un dia llegó á ser el terrible pontífice Sixto V, terrible por su inflexibilidad, al par que gran príncipe por su prudente audacia; magnífico y económico, justiciero incorruptible y protector de las artes; Felix Peretti, en fin, hijo del pueblo por su origen é inclinaciones, al par que soberano por la nobleza de sus pensamientos, llevó al solio pontificio todo ese cúmulo de raras cualidades. Las generaciones de los Papas que extraidas de la oscuridad han desplegado en la cátedra de san Pedro el vigor del espíritu al par que la madurez intelectual y el esplendor de la omnipotencia, encierran cierto estímulo que despierta y conmueve profundamente el orgullo popular. En una época en que aparecian tantos hombres célebres, en que reinaban Felipe II é Isabel, y en que Enrique IV contaba tantos triunfos como batallas, supo Sixto crearse, en solos cinco años de pontificado, una posicion tan elevada, que llegó á dominarlas á todas; y aunque no estuvo sino de paso en el trono de los Apóstoles, dejó señalada en Roma la mas leve huella de su marcha: su recuerdo y su fisonomía, tan fuertemente acentuada, viven todavía en aquella ciudad como una de esas imágenes del poder, que la misma debilidad no puede borrar de su memoria. Este hombre, cuya voluntad era ley, porque su voluntad era casi siempre la mas exacta expresion de la justicia y de la autoridad, habia concebido inmensos proyectos en favor del engrandecimiento de la Ciu-